

no fueron escritas en sus respectivas fechas, sino que es obra formada de una vez en época posterior. Por toda respuesta baste el siguiente testimonio del famoso Juan de Vergara, contemporáneo de Mártir, con el que terminaremos este artículo: "Sepa Vm. [escribe á Florián de Ocampo], que de todas las cosas de aquellos tiempos de casi el imperio de los reyes Católicos, y después, hasta pasadas las comunidades, yo no pienso que pueda haber más ciertos y claros memoriales que son las epístolas de Pedro Mártir; y porque demás de lo que por ellas cualquiera podrá ver, 'yo soy testigo de vista de la diligencia que este hombre ponía en escribir luego á la hora todo lo que pasaba.' Y como no gastaba mucho tiempo en pulir ni limar el estilo, sino que mientras le ponían la mesa, como yo lo ví, le acontecía escribir un par de cartas, dellas no recibía trabajo ni pesadumbre, y así no cesaba en el oficio, ni tenía otro cuidado." Sin duda por causa de esta precipitación y poco cuidado al escribir, el latín de Pedro Mártir es muy censurado por los inteligentes.



VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. (*)

EL descubridor del Mar Pacifico nació en Jerez de los Caballeros hacia 1475, de familia pobre pero honrada: crióle en su juventud D. Pedro Puerrocarrero, señor de Moguer, y pasó á la América el año de 1500 en las armadas de Rodrigo de Bastidas. Después de esta expedición le hallamos establecido con un repartimiento de indios y algunas tierras de labor, en la villa de Salvatierra de la isla Española; pero lleno de deudas y ansioso de gloria, quiso ir á probar fortuna en nuevas empresas. Tropezaba, para ello, con una dificultad, cual era una orden del Almirante que prohibía salir de la isla á los deudores, y para eludirla, se embarcó secreta-

[*] Publicado en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*.—México, 1853-1856.

mente encerrado en una pipa, (ó envuelto en una vela según dicen otros), en un navío que alistaba el Lic. Enciso para ir á llevar socorros á la colonia que su compañero Ojeda había fundado en el golfo de Urabá. Puestos ya en alta mar salió Balboa de su escondite, y aunque el comandante se manifestó muy irritado contra él, y le amenazó con dejarle en la primera isla que encontrase, se aplacó al fin por intercesión de otras personas, y consintió en llevarle. La nave de Enciso aportó á Cartagena, adonde halló un buquecillo que encerraba á los pocos que habían podido sobrevivir á los horribles desastres de la infeliz colonia de Ojeda é iban huyendo de aquella tierra fatal; pero el licenciado, á pesar de su resistencia, les hizo volver á Urabá, prometiéndoles que con los socorros que les traía no volverían á experimentar las anteriores necesidades. Engañóse y engañólos sin embargo, porque aquellas costas inhospitalarias parecían rechazar á los españoles: la nave de Enciso dió en un bajo sin que se salvaran más que las personas, y al llegar de nuevo á los establecimientos abandonados, se los encontraron reducidos á cenizas: los indios de la comarca estaban alzados, y hostilizaban sin descanso á los españoles, de suerte que

abatidos éstos con tantas desgracias, solo pensaban en volverse á la Española, como lo hubieran verificado, abandonando por segunda vez la colonia, si no hubieran traído consigo á Vasco Núñez de Balboa. Éste, en medio del desaliento general, y cuando todos no pensaban sino en la fuga, les dijo "que en el viaje que había hecho con Bastidas, se acordaba de haber visto en la parte occidental del golfo un gran río, y á sus orillas un pueblo fresco y abundante, habitado por indios que no envenenaban sus flechas," circunstancia no poco importante para aquellos españoles que tanto habían padecido por causa de este uso generalizado entre las tribus del istmo. Las palabras de Balboa infundieron nueva vida á aquellos infelices, que inmediatamente quisieron ir en busca de la tierra prometida. Saltan en los bosques, atraviesan el golfo, y en la parte opuesta, hallan el río y el pueblo, conforme los había pintado Balboa: la posesión del terreno costó una reñida escaramuza, bien compensada con el rico botín que encontraron en el pueblo y entre las cañaverales del río, de tal manera, que llenos de gozo los españoles, resolvieron fundar allí mismo una ciudad, á que dieron el nombre de Santa María de la Antigua del Darién.

Desde aquel momento, y gracias á su oportuno aviso, adquirió Balboa una grande influencia en la colonia: por otra parte, la imprudencia de Enciso, que prohibió á sus subordinados comerciar con los indios, le enagenó las voluntades de los colonos, hasta el grado de quitarle el mando, y formar un cabildo, cuyos alcaldes fueron Martín Zamudio y el mismo Vasco Núñez de Balboa; pero el partido de éste, grande como era, no podía sobreponerse así á los que aún sostenían la autoridad de Enciso, como á los que proponían reconocer por jefe á Diego de Nicuesa, en cuya jurisdicción se hallaban. Proseguían aún estas contestaciones, cuando arribaron dos navíos cargados de víveres y municiones en busca del mismo Nicuesa, á quien suponían allí; mas no encontrándolo, el comandante de los navíos repartió entre los colonos una parte de los socorros que traía, con cuya liberalidad acabó de ganar los ánimos en favor de Nicuesa, y consiguió que se enviase una comisión en su busca, para ofrecerle el gobierno. Halláronle al fin en Nombre de Dios, reducido á la mayor extremidad, y recibió el mensaje como un socorro venido del cielo, bien distante de pensar que era el principio de su ruina: debiéndola en mucha parte á su imprudencia, porque

sin haber salido todavía de Nombre de Dios, ya se mostraba enojado contra los del Darien por haberse entrometido en su jurisdicción, les amenazaba con quitarles el oro que habían recogido, y como si aún quisiese agravar su imprudencia, permitió que los comisionados, que no habían echado en olvido ninguna de sus indiscretas razones, desembarcasen antes que él en el Darien. Ya podrá concebirse la alarma que causarían las noticias de tales precursores, y el veedor del mismo Nicuesa vino á completar la exaltación de los vecinos, representándoles la locura que cometían en sujetarse voluntariamente á un extraño: la población entera salió á recibir al desdichado Nicuesa, diciéndole á gritos que no desembarcara, y que se fuese á su gobernación: suplicaba el desgraciado que le admitiesen no ya como jefe, sino como simple soldado; pero la multitud, extremada siempre en sus afectos, no le dió oídos, y habiéndose atrevido á saltar en tierra, le prendieron, y á pesar de sus ruegos y protestas, le expelieron de la colonia, embarcándole casi sin víveres en el peor de los buques, sin que volviera á saberse más de él ni de las personas que conducía.

Libre ya Balboa de aquel competidor, sólo le quedaba el deshacerse de Enciso:

acusóle de usurpador, le hizo prender, y al cabo le mandó poner en libertad, bajo condición de que marchase á Santo Domingo ó á España en el primer buque que partiese; pero considerando el perjuicio que podrían hacerle en la córte con sus quejas, hizo que la colonia envfase al mismo tiempo dos procuradores para informar de todo lo ocurrido y pedir socorros. Los comisionados, que no iban con las manos vacías, fueron Zamudio y Valdivia, ambos partidarios de Balboa, y habiendo quedado el segundo en Santo Domingo, partió el otro para España, adonde llegó casi al mismo tiempo que Enciso.

Dueño absoluto de la autoridad, comenzó Balboa, ya por sí mismo ó por medio de sus capitanes, á hacer expediciones contra los indios comarcanos, que unas veces por temor, y otras desengañados por experiencia de la imposibilidad de resistir á los españoles, hubieron de ir sufriendo sucesivamente su yugo. Entre los que recibieron de paz á los extranjeros estaba el cacique Comogre, tenido por uno de los principales señores de aquella tierra: su hijo mayor obsequiaba de orden suya á los españoles, y entre otras cosas les presentó de regalo algún oro. Suscitóse una disputa acerca de la distribución, y observando el joven in-

dio el afán que mostraban los extranjeros por aquel metal, arremetió á las balanzas en que se pesaba, y echándolas por el suelo con todo lo que contenían, dijo: "¿Para qué reñir por tan poco? si deseais tanto el oro, yo os mostraré dónde podéis hallarlo á manos llenas," y en seguida dió las primeras noticias de ciertas maravillosas provincias bañadas por un mar que se encontraba á poca distancia hacia el rumbo que señaló, ofreciendo servirles de guía cuando se hallasen con fuerza suficiente para emprender aquella peligrosa jornada, por ser muy poca gente, decía él, la que entonces tenían los españoles. Tales fueron las primeras noticias que éstos adquirieron de la existencia del Océano Pacífico y del Perú; noticias que bastaron para inflamar sus ánimos y arrebatár toda su atención al descubrimiento y conquista de aquellas nuevas regiones.

Dió la vuelta Balboa al Darien, con intención de hacer los preparativos necesarios para tan grande jornada, y tuvo el gusto de encontrar allí á Valdivia, que regresaba de la Española, con algunos socorros y muchas promesas de parte del Almirante: sin embargo, los víveres que trajo Valdivia se consumieron muy pronto, el hambre apareció de nuevo, y Balboa des-

pachó otra vez al mismo comisionado para pedir al Almirante, así viveres como gente que ayudase en la proyectada expedición: dióle, asimismo, \$15,000 que pertenecían al Rey; pero nada llegó á su destino porque nunca llegó á tenerse noticia del enviado, ni del buque que le conducía.

Durante la ausencia de Valdivia, em-
prendió Balboa el reconocimiento del Gol-
fo: entró por una de las bocas del Darien,
examinó algunos de sus brazos é hizo amista-
dades con los indios que habitaban sus ori-
llas; bien que éstos solos se dieron al temor
que les inspiraban los españoles, de suerte
que apenas hubieron éstos regresado á su
establecimiento, formaron los principales
caciques una confederación para caer só-
bre ellos y destruirlos. No fué tan secreta
la conjuración que no llegase á noticia de
Balboa: salió en busca de los indios, pren-
dió y ajustició á los principales, lo que fué
bastante para que las tribus vecinas no
volviesen á pensar en su independencia.

Libre de este riesgo, quiso Balboa en-
viar nuevos comisionados á España, por si
no hubiese podido llegar Valdivia, como
en efecto había sucedido. Dícese que él
deseaba ser uno de los nombrados; pero
los colonos no consintieron en verse priva-
dos de su jefe. Recayó la elección en Juan

de Caicedo y Rodrigo Enríquez de Colme-
nares, quienes además del quinto del Rey,
llevaron un donativo de la colonia, con un
valioso regalo para el tesorero Pasamonte;
más felices que Valdivia, arribaron sin no-
vedad á España. Poco después de partidos
llegaron de Santo Domingo algunos soco-
rros, con muy lisonjeras noticias de la fa-
vorable disposición de Pasamonte; nuevas
felices que fueron completamente acibara-
das por una carta de Zamudio, el mismo
que fué á España con Enciso, en la cual
participaba que las quejas de éste habían
producido grande indignación en la córte
contra Balboa, al extremo de habersele
mandado formar proceso por los cargos
que se le hacían. Lejos de desalentarse por
tales noticias, cobró Balboa nuevo ánimo
con ellas para emprender la jornada al
descubrimiento del Mar del Sur, antes que
pudiese llegar á la colonia algún comisio-
nado que le privase de su autoridad: pen-
saba borrar con tan eminente servicio la
mancha de su usurpación, ó, si así lo que-
ría la suerte, morir con gloria en tan gran-
de empresa, antes que sufrir la persecu-
ción que le amenazaba. Lleno de tales
ideas, dió calor á los preparativos de la
jornada, el 1º de Septiembre de 1513 se hi-
zo á la vela en un bergantín y diez canoas,

llevando 190 españoles, 1,000 indios de carga, algunos perros de presa y las provisiones necesarias.

Arribó primero á las tierras de un cacique amigo, y dejando allí su escuadrilla, emprendió por tierra la travesía del istmo. Aunque éste sea de poca anchura, hacen difícil su paso las ásperas y elevadas sierras que lo forman casi en su totalidad, en tremezcladas de espesos bosques, pantanos intransitables é impetuosos torrentes: á los obstáculos naturales agregábase la resistencia de los indios, que aunque vencidos siempre, no cesaban de hostilizar á los españoles, quienes ya empezaban á sufrir también las angustias del hambre. Peleando contra los hombres y contra la naturaleza, proseguía Balboa su marcha, hasta que los indios que llevaba por guías le mostraron la altura desde donde podía ya divisarse el ansiado mar: manda al punto hacer alto á su tropa y adelántase solo á la cumbre de la montaña: desde allí tiende la vista al Mediodía, y preséntase á sus ojos el inmenso mar Austral. "Sobrecogido de gozo y de maravilla, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar, y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado á aquel insigne descubrimiento." Llama en seguida

á sus compañeros, suben, muéstrales el Océano, y todos juntos se arrodillan y entonan en coro el magnífico himno *Te Deum laudamus*. Para comprender el gozo y el entusiasmo que henchían el pecho de Balboa, al mirar verificado por su mano aquel ansiado descubrimiento, es preciso reflexionar en la importancia que daba entonces la España al hallazgo de un paso al Oriente por el rumbo de Occidente, único á que sus escuadras podían navegar: afán llevado á tal extremo, que después de haber producido el maravilloso invento de Colón, hacía que ya se mirase al Nuevo Mundo como una invencible barrera tendida de polo á polo, y casi como un importuno estorbo que impedía el paso á los países encantados del Oriente! Balboa mostraba ya vencido este obstáculo: una estrecha lengua de tierra era cuanto quedaba, y la victoriosa enseña de Castilla tenía delante de sí un nuevo Océano en que flamear orgullosa.

Pasados los primeros trasportes de alegría erigieron los españoles sobre un montón de piedras una cruz formada de un grueso árbol, en cuya corteza esculpieron los nombres de los reyes de Castilla: hecho esto, y jurada de nuevo la fidelidad á su comandante, tomaron todos el camino

de la playa. En el descenso de las sierras hubo que vencer la resistencia de las tribus de indios que encontraron al paso, y mientras conseguía su allanamiento, despachó Balboa tres capitanes, que fueron Juan de Ezcaray, Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y Alonso Martín, á buscar el mejor camino para llegar al mar: el último fué el que primero llegó á la orilla, y entrando en una canoa que encontró allí, tuvo la satisfacción de ser el primer europeo que navegó en las aguas del mar del Sur.

Bajó al fin Balboa á la playa y llegó á ella al empezar la tarde del 29 de Septiembre: estaba la marea baja, y tuvo que esperar á que las aguas subiesen hasta donde él se hallaba: armado entonces de todas armas, y llevando en la mano un estandarte con la imagen de la Virgen y las armas de Castilla, entró en el agua hasta que le llegó á la rodilla, exclamando en alta voz: "Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones; y si algun otro príncipe, cristiano ó infiel, pretende á ellos algun derecho, yo estoy pronto á contradecirle y defenderlos." Unieronse todos los compañeros á la pomposa declaración de su capitán, y el escribano del ejército extendió en debida for-

ma el acta de posesion, que confirmaron los circunstantes, probando el agua, derribando árboles, grabando en ellos la señal de la cruz, y ejecutando otros semejantes actos de dominio. El ancon donde estos sucesos pasaron, recibió el nombre de "Golfo de S. Miguel", por ser aquel su día; y concluida la posesión, saltó Balboa á reconocer el país: tropezó con un cacique que pensó resistirse, pero hubo de ceder, y en el presente que trajo como señal de paz, llamó la atención de los españoles una gran porción de perlas, que también ofreció. Preguntado dónde se hallaban, señaló una de las islas de la costa: quiso Balboa pasar al punto á reconocerla, y aunque los indios trataron de apartarle de aquel intento, aconsejándole que lo dejase para otra estación más favorable, persistió en su idea, y entrando con sesenta hombres en unas canoas, bogó para Isla Rica. Pero apenas se había apartado de la costa, vió que la braveza del mar amenazaba destruir sus débiles embarcaciones, y tuvo que acgoerse á una isleta: creció la marea, cubrió la isla, pasaron la noche con el agua á la cintura, y al día siguiente, despues de reparar con mil trabajos las averías de sus canoas, volvieron á tierra sin haber salvado más que sus personas.

Todavía pasó Balboa á las tierras de otro cacique vecino, y allí fué donde recibió las primeras noticias de la existencia del Perú, y donde vió un dibujo grosero del Clama: de allí trató ya de regresar al Darien, y emprendió la marcha, sujetando por bien ó por mal las tribus indias que encontró por el camino: padecieron en él los españoles las acostumbradas penalidades, y hasta el mismo Balboa se vió aquejado de calenturas: por último, despues de cuatro meses y medio de ausencia, llegó al Darien el 19 de Enero de 1541. Recibióronle aquellos colonos con las mayores muestras de entusiasmo, y también con la alegre nueva de haber llegado de Santo Domingo dos navíos con provisiones. Balboa procedió inmediatamente al repartimiento del despojo habido en la expedición, y en seguida envió á España á su amigo Pedro de Arbolancha, para dar cuenta al rey de aquel importante descubrimiento, y llevarle al mismo tiempo un valioso presente de las mejores perlas del despojo. Partió Arbolancha en Marzo de 1541, y Balboa, cambiado de soldado en labrador, se dedicó á extender las sementeras de la colonia, á propagar en ella las semillas europeas, y á establecer el gobierno civil: dos ó tres correrías que mandó hacer á sus capitanes contra los indios,

que aún resistían, tuvieron feliz éxito; todo marchaba prósperamente: la colonia crecía con los aventureros que de todas partes llegaban, atraídos por la fama de sus riquezas, y crecían también las esperanzas de la conquista de aquellas ricas tierras, bañadas por el nuevo mar.

Pero todas estas esperanzas iban á desvanecerse muy pronto; Enciso había llenado la corte de quejas contra Balboa, é irritado el rey Católico por el desgraciado fin de Nicuesa, no quiso dar oídos á Zamudio, el agente de Balboa: fué condenado este último á la satisfacción de los daños y perjuicios causados á Enciso, y se le mandó formar causa, para imponerle la pena á que fuese acreedor. Deseoso al mismo tiempo el rey de cortar los disturbios del Darien, resolvió enviar un nuevo gobernador á la colonia, y recayó la elección en Pedro Arias de Ávila, llamado comunmente Pedrarias, caballero de Segovia, casado con Doña Isabel de Bobadilla, prima hermana de la famosa marquesa de Moya, favorita de la reina Doña Isabel. Mientras se disponía para partir, llegaron los comisionados Caicedo y Colmenares, y sus relaciones hicieron formar al rey mayor concepto de las riquezas del país, por lo que determinó enviar una armada más considerable de lo que pensa-

ba al principio. Gastó en ello la enorme suma de cincuenta y cuatro mil ducados: componíase de quince navíos bien provistos, y era tanta la codicia que habían despertado las noticias del Darien, que á pesar de haber mandado el rey que sólo se embarcasen con el nuevo gobernador mil doscientos hombres, y haber éste negado á muchos el pasaje, todavía llevó dos mil, jóvenes los más, y de buenas casas. Llevó también los oficiales reales para la colonia, yendo de alcalde mayor el Lic. Gaspar de Espinosa de vecedor el cronista Oviedo, de alguacil mayor el bachiller Enciso, y de tesoroero Don Alonso de la Puente. Embarcóse tambien Fray Juan de Quevedo, religioso franciscano, consagrado ya obispo del Darien, á quien acompañaban otros varios religiosos, provistos de todo lo necesario para el culto divino.

Arreglado ya todo, y entregada á Pedrarias una larga instrucción por donde debía regirse, salió la flota de San Lúcar el 11 de Abril de 1514; y despues de tocar en algunos puntos intermedios, arribó al Darien el 29 de Junio del mismo año. El emisario que envió al punto Pedrarias para avisar su llegada á Balboa, le encontró dirigiendo á varios indios que le techaban de paja una casa, vestido con el pobre y desaliñado traje

de aquellos colonos; su respuesta fué que estaba pronto á reconocer la autoridad de Pedrarias, y habiendo desembarcado éste, salieron á su encuentro Balboa y todos los vecinos, recibinédolo con el mayor respeto. Los recién venidos se alojaron en las casas de los antiguos colonos, y aunque comenzaron á vivir en buena armonía, ésta fué de muy corta duración. Pedrarias por su parte pidió desde luego á Balboa un informe de todo lo que había hecho, y del estado actual del país; diólo inmediatamente por escrito y con toda minuciosidad. Procedióse en seguida á tomarle residencia, en lo que entendía el alcalde Espinosa; pero no fiándose Pedrarias de él comenzó por su parte una pesquisa secreta contra Balboa. Ofendido éste de tal procedimiento, y conociendo la persecución que se le preparaba, comenzó á tomar sus medidas para defenderse. Sabiendo pues, que según la instrucción de Pedrarias, tenía éste que consultar todas sus providencias con el obispo Quevedo, trató de tenerlo por suyo: á este fin no economizó obsequio ni regalo; dióle parte en todas sus grangerías, y ganó de tal modo su voluntad, que no sólo le dió el obispo el manejo de todos sus negocios, sino que aun llegó á poner de parte de Balboa á la misma esposa del gobernador. Con-

cluyóse en esto la residencia del Lic. Espinosa, quien dió por libre á Balboa de todos los cargos criminales que se le hacían: pero le condenó al pago de los daños y perjuicios causados á particulares, y se procedió en esto con tal rigor que casi le dejaron en la mendicidad. No satisfecho aún el gobernador, quería enviarle á España cargado de cadenas: opúsose el obispo, quien no quería perder un excelente administrador de sus negocios é hizo ver al gobernador que enviarle á la corte era enviarle á un triunfo seguro, porque la relación de sus hazañas en su propia boca no podría menos de causar grande impresión, de manera que se exponía á verle regresar más ensalzado y favorecido que antes: y que así el medio más seguro de inutilizar aquel hombre temible era tenerle siempre envuelto en pleitos y contestaciones para que no pudiese alzar la cabeza en la colonia. Agradó al gobernador el consejo, y por cierto que era muy acertado, pero el mayor enemigo de Balboa no pudiera haber discurrido un medio mas seguro para causar su ruina, que el que halló entonces su protector para detenerle. En virtud de este consejo, se le restituyeron sus bienes, se le dió alguna parte en el gobierno, y aun se creyó comunmente que Pedrarias se había reconciliado con él,

En el entretanto, el hambre afligía de nuevo á la colonia: los antiguos pobladores rehusaban socorrer á los recién venidos, y éstos, nuevos en la tierra, y muy poco diestros en lo general para procurarse por sí mismos la subsistencia, morían en gran número: fué necesario dividir la gente, para disminuir en algo la escasez, y salieron diversos capitanes á correr el país vecino, pero con tan poco tino y prudencia, que todos volvieron derrotados. Hasta el mismo Balboa alcanzó la mala suerte que parecía perseguir á cuanto ordenaba Pedrarias, pues en una expedición que hizo á las bocas del río, fué derrotado por los indios y llegó herido al Darien. El efecto que produjeron estas excursiones, hechas sin tino por hombres crueles é imprudentes, fué un alzamiento general de los indígenas, que pusieron en grande aprieto á los hambrientos y desmayados españoles. Pedrarias escribió á la corte quejándose de Balboa, y éste por su parte, no trataba mejor á Pedrarias en las cartas que dirigía al rey. La opinión del monarca era muy desfavorable á Balboa: pero la llegada de Arbolancha con la noticia de la brillante expedición al mar del Sur, produjo un completo cambio en los ánimos. A no haber partido ya la armada de Pedrarias, acaso Balboa habría conservado el gobier-

no: pero era tarde, y sólo obtuvo el título de adelantado del mar del Sur, y la gobernación de las provincias de Coiba y Panamá, aunque sujeto á las órdenes de Pedrarias: á éste se le previno que favoreciese en todo al nuevo adelantado y le hiciese conocer lo mucho que el rey apreciaba su persona y servicios. Tal arreglo era muy fácil en la corte, pero imposible en el Darien: á la llegada de los despachos en 1515, Pedrarias, que interceptaba toda la correspondencia, los detuvo en su poder, resuelto á no darles cumplimiento. Mas no fué tan secreta esta indecorosa medida, que todo el negocio no llegase á oídos del obispo: presentóse á Pedrarias, afeóle su manejo, y tanto le cargó de responsabilidades, que al fin los despachos fueron entregados á Balboa; pero exigiéndole juramento, que presó, de que no usaría de ellos sin licencia de Pedrarias, lo cual fué pronunciar él mismo su sentencia de muerte.

Ocurrió muy pronto un disgusto entre el gobernador y el adelantado, con motivo de haber pedido este último á la isla de Cuba algunos socorros para continuar sus expediciones: el que traía estos auxilios surgió á cierta distancia del Darien, y dió aviso secreto á Balboa de su llegada: supulo el gobernador, enfurecióse calificando aquel

aquel acto de una rebelión declarada, prendió á Balboa y quiso encerrarle en una jaula; pero intervino como siempre el obispo, y no sólo consiguió la libertad del preso, sino que aún pudo verificar una aparente reconciliación. No contento con esto el prelado, formó el proyecto de unir á los dos enemigos con un lazo indisoluble. Tenía Pedrarias en Castilla dos hijas en edad de tomar estado y el obispo le hizo ver de tal manera las ventajas que le resultarían de tener por hijo á Balboa, por cuyo medio conseguiría que los distinguidos servicios del adelantado fuesen en cierto modo suyos que Pedrarias se dejó convencer y consintió en el enlace. Verificóse éste por poder y Balboa fué yerno de Pedrarias. Satisfecho con esto el obispo, se volvió á España, creyendo dejarlo todo arreglado en favor de Balboa. Pedrarias le llamaba hijo, vivía al parecer muy satisfecho de él, y á poco le envió al sitio donde estaba fundando la ciudad de Acla, para que acabase de establecerla, y desde allí continuase sus descubrimientos en el nuevo mar. Partió Balboa, y luego que concluyó su comisión, comenzó á trabajar con empeño en la construcción de unos bergantines: la madera, jarcia, clavazón y demás pertrechos, todo fué transportado á hombros de mar á mar, atrave-

zando las 22 leguas de áspero camino, que tiene el istmo por aquella parte; pero apenas tuvo la satisfacción de ver armados sus 4 bergantines, cuando notó que la madera, como recién cortada, se había comido toda de gusanos, y no era de ningún provecho. Armó de nuevo otros barcos, y se los llevó una avenida: construyólos por tercera vez, y más feliz que las otras, logró embarcarse en ellos, y navegó algunas leguas en demanda de las ricas tierras que le anunciaban los indios. No pasó, sin embargo, del puerto de Piñas, y regresó á la isla mayor de las Perlas, dedicándose á activar la construcción de los barcos, que le faltaban. Allí se encontraba, cuando repentinamente recibió una orden de Pedrarias, mandándole que viniese al punto á Acla, para comunicarle negocios de importancia. Obedeció al punto y sin recelo, á pesar de algunos avisos que recibió por el camino: cerca ya de Acla encontró á su antiguo compañero Pizarro, que salía á prenderle con gente armada: "¿Qué es esto Pizarro? no solías recibirme así ántes", dijo Balboa. "No", respondió Pizarro; y el preso fué conducido á Acla, y custodiado en una casa particular, habiendo recibido orden el Lic. Espinosa de formarle causa con todo rigor de justicia. No aparece un motivo inmediato para tan se-

vera conducta por parte de Pedrarias, y sólo se vé que, exaltado el ódio antiguo que profesaba á Balboa, por las continuas acusaciones de sus émulos, interpretó siniestramente algunas acciones del adelantado y llegó á persuadirse de que trataba de desconocer su autoridad; ciego de ira, meditó una venganza á mansalva, y luego que tuvo asegurada la víctima, pasó á verle á su prisión, le trató con afabilidad, y aún le engañó con una esperanza de absolución. El proceso seguía entre tanto: á los cargos presentes se agregaron la expulsión de Nicuesa, y los agravios de Enciso, y el desenlace de aquella inicua trama, fué una sentencia de muerte. Seguro ya de este resultado, pasó Pedrarias á la prisión de Balboa y le echó en cara con severidad sus supuestos crímenes: nególos resueltamente el preso, y presentó como una prueba de su inocencia, la confianza con que había acudido á su llamado: Todavía intermediaron por el acusado algunas personas influyentes, y aún su mismo juez Espinosa; pero el inflexible viejo, sólo respondía: "No, si pecó, muera por ello." Nególe, por último, la apelación que interpuso para el emperador y su consejo de Indias, y mandó ejecutar la sentencia. Salió Balboa de la prisión, acompañado de cuatro amigos suyos que debían sufrir la

misma suerte, y precedido del pregonero que le proclamaba traidor, cuyo cargo rechazó con firmeza: llegado al lugar del suplicio, subió al cadalso y entregó su cuello al verdugo (1517). Tres de sus amigos perecieron del mismo modo: llegó la noche y aún faltaba una víctima que sacrificar: todo el pueblo arrodillado pedía llorando á Pedrarias la vida de aquel hombre. Miraba él la ejecución por entre las cañas del vallado de una casa, á poca distancia del suplicio, y sordo á las voces de la humanidad, como lo había sido á las del honor, sólo les respondió: «Primero moriría yo que dejar de cumplir en ninguno de ellos,» y la cabeza de aquel desdichado cayó como las de sus compañeros.

Tenía entonces Balboa 42 años, los historiadores nos le pintan como un hombre ágil, robusto, incansable en el trabajo, siempre afable con sus compañeros, y en quien la dignidad de jefe sabía hermanarse con la llaneza del camarada. El cuidado é interés que manifestaba por la comodidad y alivio de sus soldados llegó á tal grado, que se le vió salir á caza con el sólo fin de procurar algún alimento á un compañero enfermo; y siendo en todas ocasiones el primero en el peligro y el último en el descanso, no es maravilla que ganase de tal manera las

voluntades de los que le rodeaban que habrían dado gustosos la vida por él. Hasta su perro favorito ha merecido una mención honrosa á los historiadores por su poder é inteligencia. Balboa fué uno de los españoles más notables que pasaron el Nuevo Mundo: sus memorables hazañas apenas llegan á la altura de sus grandiosos pensamientos, lástima grande que la ingratitude y la más baja envidia, cortasen tan pronto el vuelo á su brillante carrera.

Tenemos dos excelentes biografías de Balboa, escritas casi al mismo tiempo por los Sres. Quintana y W. Irving, y de ellas hemos extractado este artículo.

